

FAX (91) 396.76.52

188

B)
SERPIENTE EN FERRAGOSTO

José Agustín Goytisolo

Este año los periódicos italianos no han tenido necesidad de echar mano a la serpiente del lago Ness: la serpiente la tienen aquí, en Bari, en el profundo Sur, en el catastrófico Mezzogiorno. Miles de albaneses forman el cuerpo de este gran reptil: puestos uno tras otro, y no apiñados como están, parecerían un culebrón de más de seis kilómetros. Hay tela para los periodistas.

Unos están, aunque los van a reembarcar, en el Estadio de la Victoria-¿de qué victoria, si Italia sólo ha conocido derrotas, gloriosas sí, pero derrotas?- y los demás se hacinan en los tinglados del puerto. Ayer dejé en Tirana al Presidente Cossiga, pero su jornada no terminó allí. Cossiga, como un forzado, voló por la tarde desde Tirana hasta Bari. Pidió un poco de caridad cristiana a los periodistas: "Por favor, no me pregunten nada. Estoy muy cansado, créanme. Yo les diré cuatro cosillas."

Estoy mirando el vídeo que Miriam grabó para mí, pues ayer fui a darme una vuelta por el centro, y acabé metiéndome en Santa María delle Grazie para contemplar una vez más La Santa Cena de Leonardo. Vuelvo a escuchar a Cossiga y me fijo en sus ademanes. Dice: "Tengo el deber de dar las gracias a todos los que han trabajado muy bien aquí, en estos días de grave emergencia. Gracias al Prefecto, a las fuerzas de la policía, al ejército, a la capitanía de marina del puerto, a la aviación civil...No quiero, en cambio, dar las gracias al Ayuntamiento y, en particular, a su Alcalde, cuyas declaraciones han sido simplemente las de un irresponsable."

El asunto se está poniendo bien. Sigue: "Me disgusta que una ciudad como Bari tenga este tipo de Alcalde. Espero que tenga la decen-

cia de pedir disculpas a las autoridades del Gobierno; en caso de que no lo haga será asunto mío, como Jefe del Estado que soy, pedir al Gobierno que le suspenda en las funciones que ahora desempeña. Dicho más claramente: o el democristiano Enrico Dalfino, Alcalde de Bari, se traga lo que ha manifestado estos días, o yo pondré en marcha un proceso que le levantará de la poltrona que ocupa."

Este es el fin de Dalfino, pensé insensatamente, olvidando que estaba en Italia. No, no creo que al Alcalde de Bari le ocurra nada: ahora es casi un héroe de la D.C. por haberse enfrentado al Ministro del Interior, Vincenzo Scotti, criticando su actuación en el penoso asunto de los albaneses. Pero Cossiga continúa machacándole: "El Alcalde es un demagogo y un cretino. Nuestros policías y nuestros carabinieri se han portado muy bien con los albaneses, con mucha delicadeza. El Primer Ministro de Albania así me lo ha reconocido este mediodía."

¿Hay o no delincuentes comunes entre los refugiados? Sí, claro que los hay. ¿Y miembros de la Sigurimi, de la policía secreta albanesa? También, por supuesto. Pero la mayoría de los prófugos -los otros, los náufragos, murieron ahogados en aguas albanesas, en su intento desesperado de subir a algún barco- son gente hambrienta y agotada, que creían que en Italia les iban a recibir con banda de música, como les ocurrió a sus compatriotas que les madrugaron y que llegaron a este país el pasado mes de marzo.

La clave de tales pasadas carantoñas reside en la negra conciencia nacional italiana por el trato que Mussolini y sus frecce nere les dieron a los albaneses: los incorporaron al Imperio, después de cepillarse a los que no querían ser fagocitados y se resistieron. Una vergüenza que aún pica, sobre todo a los fascistas de ayer, que hoy, ya viejitos, son normalmente demócrata-cristianos.

Dejo el televisor y me pongo a trabajar con Miriam: repasamos su traducción de El rey mendigo, que saldrá editada aquí, en Milán, a fin de año. Poco hay que corregir, su trabajo es muy notable. Howard ha preparado unos sabrosos spaghetti alla siciliana -ajos fritos, haceite hirviendo sobre la pasta a medio hervir hasta que ésta se pone al dente, generosamente espolvoreada de pimienta negra. Lue-

go hacemos los maletines, y carretera y manta. Dejamos atrás un Milán desierta: "Sono le Ferie, sai? La città è morta, è morta."

La Autostrada del Sole, como la jugarreta de Albania, de Etiopía o de España durante nuestra Guerra Civil, fue obra de Mussolini. Curiosa la afición de los dictadores por las autopistas: las Autoban de Hitler en Alemania, y las más modestas pistas de peaje de Franco en Cataluña (Barcelona-Mataró, Barcelona-Martorell). Los catalanes somos una punta de desagradecidos que aún tendríamos que estar cantando el Cara al sol, vaya que sí.

La Toscana está esplendorosa bajo un sol inmisericorde. Llegamos a Florencia a media tarde. Democráticamente, obligo a Howard a pasar por el Ponte Vecchio, con sus tiendas para turistas. Hace ya años, el Arno se sublevó y se desbordó, llevándose parte de esta maravilla de puente y también parte de la población florentina.

Qué ciudad. Los nombres de Dante, Boccaccio, Machiavelli, asaltan al visitante, y también los edificios de Brunelleschi y, por descontado, los cuadros y murales del Giotto, de Massaccio, de Botticelli, de Leonardo, de Fra Angélico o de Raffaello, y otros que me dejo. Me acompañan hasta una pequeña plaza que amo, cuyo nombre siempre olvido. En el muro de una de las casas que, junto con una pequeñísima iglesia maravillosa, conforman su espacio, hay como siempre, flores junto a una lápida que reza: Alighieri Barducci, il "Comandante Potente", partigiano trucidato qui per i tedeschi, 1944. El Potente bajó de las montañas con sus guerrilleros y liberó esta ciudad, pero fue demasiado deprisa y se tropezó aquí con un pelotón alemán que se retiraba. Le asaron a tiros. A él y no a mí debieron haberle dado el premio Mugello-Resistenza, dotado con el Fiorino d'Oro del Comune di Firenze. Yo no hice nada: versitos, tonterías.